



Julietta
de
los
Espiritus

CINTE



Italia recibió a "Giulietta" con reservas, Francia con división de opiniones, Norteamérica con entusiasmo. La película es, por tanto, centro de una polémica, piedra de escándalo, no tanto en el orden moral cuanto en el orden cinematográfico o, si se prefiere, en el tipo de cine que siempre se espera de Federico Fellini.

la historia de giulietta

Giorgio, casado con Giulietta, es un hombre maduro, de corazón cansado en una vida matrimonial que ha dejado de interesarle. Tiene una amante. Giulietta sospecha de su marido e intenta poner en claro la verdad. Consulta a un extraño adivino, asiste a sesiones de espiritismo y finalmente acude a un detective especializado en este género de pesquisas. La verdad se esclarece: Giorgio es, efectivamente, un marido infiel. Giulietta sufre una profunda crisis que está a punto de trastornarla. Giorgio, finalmente, se marchará con su amante. Giulietta queda sola.

el doble mundo de giulietta

La película se mueve continuamente en dos planos de realidad: el plano exterior, que podríamos llamar plano de la realidad histórica u objetiva (Giulietta y sus relaciones con su marido, sus ocupaciones en el mundo cotidiano...) y el plano psicológico o fantástico al que Giulietta transfiere, interpretándolo o defor-

mándolo, todo aquello que sucede en su vida normal.

El plano imaginativo va cobrando cada vez mayor importancia, a medida que Giulietta encuentra más despiadadamente clara la realidad de la infidelidad de Giorgio.

Su incapacidad, su falta de madurez para enfrentar el problema en un orden puramente objetivo, abre el portillo al país de su imaginación: allí discurre, embrolla e interpreta los hechos a su aire. Habita con sus fantasmas ("espíritus") más a menudo que con sus realidades. No busca, pues, una solución —ese camino es vía muerta para encontrarla— sino una evasión de este mundo difícil en que se encuentra incómoda.

los espíritus de giulietta

Fellini hace brotar la divertida y variadísima caravana de los espíritus, de una raíz psicológica que intenta, una vez más, ser profunda. No se trata, por tanto, de imágenes anárquicas (aunque la mayoría de las veces lo sean), sino transposiciones de una realidad subconsciente que existe en Giulietta. Concretamente, se dan tres factores fundamentales que trabajan en la psicología de la protagonista y cuya actividad se nos revela a través de alguno de esos espíritus. Estos tres factores son:

El factor religioso.

El factor familiar (educación, relación con su madre).

El factor sexual.

Los tres extraordinariamente interesantes y, por supuesto, extraordinariamente decisivos en la formación o deformación de la psicología de una persona.

Nos vamos a limitar aquí a algunas reflexiones sobre el primero, el factor religioso.

educación religiosa de giulietta

Giulietta, niña, ha frecuentado un colegio de monjas. Las tales monjas aparecen varias veces en el film —dentro del plano imaginativo— y son, por fortuna, indistinguibles. Intervienen como un extraño desfile de percheros, cubiertas de velos oscuros que no dejan al descubierto ningún rastro humano, a no ser las manos de alguna de ellas.

Cierta día, en una velada del colegio, Giulietta representa el papel de una niña mártir. Conducida ante el juez romano, ella confiesa, impávida, lo que tuvo que aprenderse de memoria: que prefiere morir a apostatar de su fe. En efecto, se la condena a morir en las parrillas. Ese es el camino de Dios. Al final del acto, mediante una polea de tramoya, la parrilla subirá al cielo amarrada por una cuerda. Dios espera arriba —según parece— tras una puertecita que nunca se abre, por encima de los telares del escenario. De pronto, un espectador de "buen sentido", el abuelo, interrumpe con su protesta la laboriosa ascensión de la parrilla. Ordena a las monjas que bajen el artefacto y pide un poco más de seriedad en la manera de educar a su nieta.

Fellini no aporta ningún detalle más sobre la educación religiosa de Giulietta. Toma este episodio no como un índice (sería demasiado simplista), sino como un verdadero símbolo: en él pretende significar todo un estilo pedagógico de la educación religiosa tal como, a su juicio, se practica en determinados centros. La niña Giulietta ha aceptado cuanto se le dio, se lo aprendió de memoria, se la ha dotado de convicciones tan fuertes como arbitrarias frente a las que ella no es capaz todavía de esgrimir un instrumento crítico, y se le ha puesto en viaje hacia la vida con este equipaje.

aquellas convicciones infantiles

Una vez expuesto el hecho, Fellini parece preguntarse: Giulietta, mujer madura, señora casada, ¿tiene bastante con aquellas convicciones infantiles para hacer frente a sus verdaderos problemas?

En principio, la respuesta no es totalmente negativa. Véanse algunos detalles: La imagen de la niña mártir, más o menos grotescamente evocada, surge

como un monstruo sagrado en determinados momentos de la crisis. Giulietta está a punto de tomarse una revancha contra la infidelidad de Giorgio, cediendo a la sollicitación de un joven invitado. De pronto, el "espíritu" de la mártir introduce su hoguera y su parrilla en la habitación de la cita. Giulietta se sobresalta y huye.

Manteniéndonos en el terreno de los principios, deberíamos afirmar que a Giulietta le basta con lo que tiene. ¿O es que no es suficiente, para estimar como válido este instinto religioso de la niñez, el mero hecho de que Giulietta logre actuar tan resueltamente en contra de la tentación?

una mujer nueva

A Fellini no le interesa esta victoria. En su manera de pensar (al menos en su película) la fuga no es por sí misma una solución, aunque en cristiano pueda serlo. Ocurre que Giulietta, además de mantenerse fiel a su marido, debe encontrar la manera de encajar psicológicamente la infidelidad de que, a su vez, es víctima. ¿Qué ayudas puede prestarle la religiosidad de su infancia en este caso? Parece que ninguna. Más aún, Fellini cuenta ese primario sentido religioso entre los factores que, como la inmadurez sexual y la dependencia del dominio materno, forman ese extraño infantil de la psicología de Giulietta, convirtiéndola en una criatura incapacitada para oponer un verdadero frente a su difícil situación. La conclusión es radical: Giulietta necesita practicar una severa autocritica y arrojar por la borda todo el bagaje de infantilismo, insuficiencia e inmadurez de que va cargada, sí, de verdad, intenta no ahogarse en las propias aguas. Para encarar esa nueva situación se necesita también una nueva mujer que, desdichadamente, está por crear. Y su creación debe comenzar practicando un vacío, rompiendo raíces con el pasado y teniendo el valor de confesarse a sí misma que, si las soluciones no existen, la única postura razonable consiste en afirmar que se carece de medios para resolver. Ante todo es necesario perder el miedo al vacío y a la soledad. Y Giulietta se decide:

En un largo pasillo, un pasillo irreal, pintado de blanco, vuelve a encontrar por última vez a la mártir en su tormento.

Se acerca a ella y la libera, desata sus manos, la abraza con ternura y la despidió para siempre.

la solución de ruptura

Ciertamente, esta manera de resolver no es un descubrimiento de Fellini. Tampoco es una verdadera solución, sino, en todo caso, una condición previa a la solución.

La necesidad de practicar una cala en el pasado y revisar desde su base las estructuras ideológicas, morales y religiosas de que se ha vivido, es un fenómeno de madurez. La ruptura práctica con todo ello, fundada en nuevas orientaciones intelectuales o nuevas experiencias vitales, es, por lo menos, un dato de estadística. No raras veces, como en el caso de Giulietta, es una crisis la que provoca esa revisión, revisión no del mejor estilo.

Julietta de los Espíritus

ya que la misma situación emocional en que se actúa es oscura, cuando no violenta.

El mundo de la infancia no es un mundo al que se renuncia, sino un mundo que se supera o que se asume.

El caso concreto de la religiosidad infantil no se sustraerá a esta ley, hasta cierto punto.

La fe, como don de Dios y realidad sobrenatural, es algo distinto de los medios pedagógicos que la ilustraron o la suscitaron. Probablemente, no fueron los mejores; probablemente, llevaban sobre

si la carga de los prejuicios del maestro, su limitación y sus humores temperamentales. La verdadera labor de madurez consistiría en ser capaces de establecer una distinción: la fe debería haber seguido con los años un proceso de profundización, mientras los métodos pedagógicos a que el educando fue sometido pueden ser ahora susceptibles de una crítica, o, más aun —no hay dificultad— de una viva repulsa si la madurez no es tan profunda que nos permita ser comprensivos, además, con las equivocaciones.

vido paralizado

En *Giulietta* encontramos un caso típico. Su fe —vamos a suponer que la tiene— no ha evolucionado desde sus años de colegio. Tal vez la "usó" poco. En cambio, siguen actuando en ella ciertos reflejos que, al carecer de una seria conexión con un núcleo de principios religiosos bien puestos, tienen algo de inmotivado. Aunque nosotros, desde nuestro punto de vista cristiano, les damos un voto de validez, a Fellini le traen sin cuidado. *Giulietta* es, a pesar de todo, una menor de edad. Fellini acusa del desastre a las educadoras. Sus métodos medievales han paralizado los centros vitales del desarrollo de la personalidad. Podríamos admitirlo, se trata de un caso; pero no admitimos su generalización. De todas formas, ni Giorgio ni la sociedad en que *Giulietta* se instaló al salir del colegio, parecen haber hecho nada por ella; la conservaron tan infantil como sus educadoras. La experiencia enseña que los métodos rigurosos del colegio pierden bastante pronto su poder cuando la excolegiala se pone en contacto con la vida. En este caso, la alumna ha resultado demasiado torpe para aprender cosas nuevas.

delimitar fronteras

La religiosidad de *Giulietta* encuentra en este momento difícil de su vida una oportunidad de manifestarse, pero desde su interior no responden voces verdaderas, sino extrañas interferencias emotivas, imaginativas, confusas... Como niña, *Giulietta* tuvo derecho a vivir de su imaginación y a construirse por dentro su país de las maravillas, donde tal vez las fronteras entre lo fantástico y lo

religioso no fueron delimitadas con el debido cuidado (véase sobre este punto el libro de André Godin, "El Dios de los padres y el Dios de los hijos"). Como mujer adulta, esta delimitación de los diversos elementos de su formación debería estar ya hecha por medio de la experiencia, el sentido común y de una auténtica penetración —a su medida— de sus ideas religiosas.

Despojarse de la infancia sólo tiene sentido en esta perspectiva: se trataría de eliminar su remanente no utilizable ni asimilable, puesto que desempeñó un papel funcional educativo que no debe confundirse, jamás, con las verdades que nos llegaron por su medio.

Lo peor del caso de *Giulietta* es que debemos preguntarnos: ¿está, a su edad, en condiciones de practicar esta distinción? ¿Hasta qué punto sería capaz de resistirla? ¿Hasta qué punto sería capaz de asimilar un nuevo sistema, puesto que el actual, según Fellini, es inútil?

Toda buena pedagogía tiene su tiempo. El niño debe hacer diariamente sus preguntas, debe suscitarlas, al menos, la capacidad de hacerlas, y debe encontrar a mano las respuestas necesarias. El desarrollo de su personalidad no se realizará sanamente sin este diálogo.

De esta forma, el juicio y la valoración sobre sus convicciones no partirá de una crisis más o menos violenta (y siempre posible), sino que se inserta en el mecanismo de su evolución de una manera normal. Que el método resulte difícil para muchos educadores, no hace disminuir su valor.

Por tanto, se impone primeramente una reflexión de los educadores sobre la posibilidad de llevarlo a cabo. Se impone una revisión de la propia pedagogía a la luz de los resultados obtenidos, siendo, incluso, capaces de investigar sobre el "caso extraño", el niño o la niña "rara" con quien el sistema falló por completo.

Si hemos llevado tan lejos nuestro interés por *Giulietta*, no es porque Fellini lo haya pretendido (nos hemos salido de la película), sino porque *Giulietta* es una criatura rara; tan rara que fue la mejor del colegio, se aprendió de memoria todas las lecciones que se le mandaron, recitó todas las oraciones que se le enseñaron... y, un día, se encontró preguntándose a sí misma por qué aprendió tantas cosas, tan inútiles, en vez de haber aprendido a resolver su problema con Giorgio.

José Luis Blanco Vega, S. J.
Roma